



Mes de Mayo

TODO COMIENZA CON MARÍA

De los Hechos de los Apóstoles (1, 6-14)

Los que estaban reunidos le preguntaron: «Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar el reino de Israel?». El les respondió: «No les corresponde a ustedes conocer el tiempo y el momento que el Padre ha establecido con su propia autoridad, pero recibirán la fuerza del Espíritu Santo que descenderá sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra».

Dicho esto, los Apóstoles lo vieron elevarse, y una nube lo ocultó de la vista de ellos. Como permanecían con la mirada puesta en el cielo mientras Jesús subía, se les aparecieron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron: «Hombres de Galilea, ¿por qué siguen mirando al cielo? Este Jesús que les ha sido quitado y fue elevado al cielo, vendrá de la misma manera que lo han visto partir».

Los Apóstoles regresaron entonces del monte de los Olivos a Jerusalén: la distancia entre ambos sitios es la que está permitida recorrer en día sábado. Cuando llegaron a la ciudad, subieron a la sala donde solían reunirse. Eran Pedro, Juan, Santiago, Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé, Mateo, Santiago, hijo de Alfeo, Simón el Zelote y Judas, hijo de Santiago. Todos ellos, íntimamente unidos, se dedicaban a la oración, en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos.

Del discurso del Padre Pío sobre la Asunción de María (Epist. IV)

Los católicos que veneramos a María Santísima como la Madre más tierna y cariñosa que se pueda mencionar, no podemos dejar de regocijarnos en este día consagrado al recuerdo de su mayor triunfo, me refiero a su ascensión al cielo y su coronación como reina de Dios, los ángeles y todos los santos. Detengámonos, pues, un momento a considerar el poder y la gloria de la Santísima Virgen María asunta al cielo, para entusiasmarnos más por la devoción y la confianza hacia ella.

Después de la ascensión de Jesucristo al cielo, María ardía continuamente en el más profundo deseo de reunirse con Él. ¡Y oh! los ardientes suspiros, los lastimosos gemidos que ella continuamente le dirigía, para ser llamada de vuelta a él. Sin su divino Hijo, le parecía que estaba en el exilio más duro. Aquellos años que tuvo que estar separada de él, fueron para ella el martirio más lento y doloroso, un martirio de amor que la consumía lentamente.

Pero finalmente llega la hora ansiada y María oye la voz de su amado llamándola allá arriba: "Veni, soror mea, dilecta mea, sponsa mea, veni": ven, oh amada de mi corazón, ha concluido el tiempo de gemir sobre la tierra; ven oh esposa, para recibir del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo la corona que está siendo preparada para ti en el cielo.

Esta invitación amorosa se manifiesta a María Santísima a través del amor más ardiente que la hace desear más profundamente la vista y la unión con su Hijo. Su corazón le dice que sus deseos están a punto de ser satisfechos y que está feliz de dejar la tierra. Ella ya parece sentir las armonías angelicales que se mueven hacia ella ...

El amor divino alcanzó su mayor intensidad en el corazón de María, de modo que ya no podía restringirse a una criatura mortal. Entonces el alma bendita de María, como una paloma cuyas trampas se rompen, se desprendió de su santo cuerpo y voló al seno de su amado.

Pero Jesús, que reinaba en los cielos con la santísima humanidad, que había sacado del seno de la Virgen, también quería que su madre no solo con el alma, sino también con el cuerpo, se reuniera con él y compartiera plenamente su gloria. y esto era correcto. Ese cuerpo que ni por un instante había sido esclavo del diablo y del pecado, no debía serlo siquiera de la corrupción.



CATEQUESIS

Pregunta: podemos “contar” el Rosario?

En el discurso preparado para la fiesta de la Asunción, el Padre Pío describe la temporada de Pascua de María. El momento litúrgico en el que contemplamos con alegría la Resurrección de Jesús y nuestra salvación, es - en el reflejo del Padre Pío - un tiempo en el que María también une la alegría a la tristeza de la separación del Hijo: "Aquellos años en los que tenía que separarse de él eran para ella el martirio más lento y doloroso, martirio de amor que la consumía lentamente ».

Evidentemente, toda oración a María nos une a Cristo y nos ayuda a meditar sus misterios; el Rosario, sin embargo, puede ayudarnos a compartir esta característica que fue de la Virgen y está presente en la vida de la Iglesia de todos los tiempos. Por un lado, la fe ya nos hace anticipar la gloria de la cual gozaremos en el cielo, tal como lo predijo María después de la resurrección, por otro, vivió la misma expectativa que nosotros, esa sensación de incompletud. Meditar con ella los misterios de la vida de Jesús significa compartir esta presencia y, al mismo tiempo, esperar a Dios. En este sentido, el Rosario nos hace sentir una comunidad eclesial que acoge a Cristo en la Palabra y en los sacramentos, pero juntos lo esperamos para contemplarlo en la eternidad.

La oración del Rosario de espera

En las pocas referencias a Nuestra Señora que encontramos en los Evangelios tenemos esta característica constante: desde la adolescencia su corazón vivió esta tensión hacia Dios, que se expresó en total y absoluta fidelidad, expresada en el *Magnificat*, que evoca muchas páginas de la historia del pueblo de Israel.

María contempla a este Dios que la llena de dones como a su pueblo, los bendice como Aquel que eleva a los humildes y cumple las promesas hechas a Abraham. María es la hija de Sion de quien habla Sofonías....

Los misterios de Gozo y los misterios de la Luz indudablemente enmarcan a la Virgen como la que revive la experiencia del amor del pueblo de Israel y recíprocamente se pone enteramente al servicio del designio de Dios. De esta manera la Encarnación de Jesús no es sólo un privilegio y no es simplemente un instrumento en las manos de Dios: como el pueblo de Israel María participa en primera persona en el plan de Dios adhiriéndose a él sin reservas y con un amor y una donación que acompañará toda la existencia de Cristo. Será el mismo Jesús quien reconocerá su total apertura a la voluntad del Padre; como sabemos un día entre la multitud que lo seguía se escuchó una voz: "Bienaventurado el vientre que te dio a luz y el pecho que te alimentó", y Él respondió: "Bienaventurados más bien los que oyen la Palabra de Dios y la siguen ".

La escucha de la Palabra produjo en María una tensión constante hacia el cielo, que - como señala el Padre Pío - continuó incluso después de la resurrección y ascensión de Jesús al cielo, de hecho se convirtió en la constante pregunta de fe de la Virgen que deseaba llegar a la plena comunión con Dios.

María es así nuestra madre pero también modelo de esa tensión hacia el cielo que debe caracterizar la vida de todo cristiano. Son muchos los pasajes en los que el Padre Pío recomienda esta tensión hacia el cielo y en varias ocasiones ha vuelto a proponer a sus hijos espirituales el tema de la eternidad al que todos están llamados. Cuando Cleonice Morcaldi le pregunta cómo corresponder los dones de Dios, a pesar de nuestra debilidad e imperfección, responde que debemos dar: «Amor, siempre amor. Extiende tu alma en sentimientos de gratitud y humíllate ante Dios. Haz tu mejor esfuerzo para hacerlo mejor: hoy mejor que ayer, mañana mejor que hoy ".

Con el Rosario frente al altar de Jesús



Cuando hablamos de la misión de la Iglesia, no debemos olvidar nunca que, siguiendo el ejemplo de María, está llamada a remontar el camino del pueblo de Israel hacia la patria prometida y, por tanto, a vivir en cada uno de sus miembros la expectativa de un encuentro final con Dios. Si ponemos al pueblo judío como punto de referencia, no podemos dejar de subrayar su presencia múltiple en el camino de la salvación.

El pueblo vive el anuncio y el testimonio de la verdad de Dios en primera persona: el único Dios es defendido a costa de su vida por los hermanos Macabeos, es anunciado con vehemencia por los profetas, es recibido como Padre y guía en el desierto. Y es precisamente allí donde nace el compromiso de fidelidad, representado por la Alianza del Sinaí, que muchas veces fallará/desaparecerá por sus propias ambigüedades.

El tema recurrente de la infidelidad de este pueblo a la Alianza encontrará una solución definitiva en Cristo, que vive el misterio pascual en primera persona: esa muerte y resurrección en la que cobra vida el sacramento de la nueva y eterna alianza.

María vive su participación en los sufrimientos de Cristo de una manera totalmente única. Las numerosas imágenes de la Piedad representadas en nuestras Iglesias resumen cuánto estamos llamados a vivir los muchos misterios del Rosario. Padre Pio nos enseña que no podemos detenernos en la mera contemplación del misterio. La sed de almas que Jesús dio a María y Juan en el Calvario es lo que impregna toda su misión; le escribió a Cleonice Morcaldi: «¿Quién soy yo? ¡Soy tormento de almas! Fuego devorador que me quema por dentro todas las entrañas».

En su momento, cuando se celebraba la misa en latín, prevalecía la devoción al rezo del Rosario, durante la celebración eucarística; obviamente con la misa celebrada en italiano (o en los diversos idiomas nacionales) ya no es apropiado. Sin embargo, a su vez, el Rosario se propone como una oración útil para preparar la Eucaristía, precisamente porque la meditación sobre la vida de Jesús - en cierto modo particular de los misterios de su pasión - nos introduce en la participación del sacramento de esa nueva alianza, que marca la inmolación de Cristo para la salvación de los hermanos.

El Rosario es una oración misionera

Somos la Iglesia, el nuevo pueblo de Dios, constituido por Jesús para ser signo de esta nueva Alianza; es cierto que individualmente no somos mejores que nadie, porque todavía sentimos el peso de nuestra debilidad y nuestro pecado, pero estamos ligados a Jesús, nuestro jefe; es él quien hizo una nueva Alianza con Dios, que no tiene fin, a pesar de la inconstancia y ambigüedad de los hombres. Los misterios gloriosos nos ayudan a contemplar a María en esta etapa inconclusa de nuestra historia: caminamos hacia Dios, pero nuestros pasos vacilan, la tentación se hace más fuerte, e invocamos "ruega por nosotros pecadores", "hasta el final sin fin", como dijo San Agustín. La Virgen que desde Pascua hasta la Asunción vivió su expectativa del encuentro final con Dios, ahora comparte esa misma expectativa con nosotros, con el Rosario se convierte en maestra en el conocimiento de ese Jesús a quien todavía vemos a través del velo de la fe, pero que ella ya contempla en la eternidad.

Así vivido, el Rosario se convierte verdaderamente en oración misionera. Escuchar a los que sufren, compartir las esperanzas de los jóvenes, intentar encender una luz en el momento de la duda, puede convertirse, a través de una oración vivida juntos como esperando a Dios, una oportunidad para devolver a cada uno la confianza en un mañana guiado y visitado por su Providencia.

Hombres y mujeres misioneros

Estamos en la tercera cita misionera de este año: sería muy importante aprender a escuchar y acoger a todos los que viven ese vacío que no es falta de fe, sino incertidumbre de amor. Somos nosotros



los que con nuestras palabras y, sobre todo con nuestra vida, podemos hablar de un Dios que nos ama de verdad. La invitación para nuestros Grupos es ponerse a disposición de las parroquias para organizar el rezo del Rosario en condominios o en los barrios más alejados de la iglesia.

ORACIÓN POR LA CASA ALIVIO DEL SUFRIMIENTO

Oh Dios santo y glorioso,
lleno de amor para con tus hijos
hasta el punto de donar a tu Hijo
para darnos vida y salvación.
Te damos gracias porque el Espíritu Santo,
derramado sobre la Iglesia de Jesús,
sigue animando a tantos hermanos y hermanas que,
Siguiendo el ejemplo de Cristo,
ponen su propia existencia al servicio
de los pobres, de los que sufren y de los necesitados.
Por intercesión de Padre Pío,
que llevó en su cuerpo los signos del amor de Jesús,
concede a su Obra,
la Casa Alivio del Sufrimiento,
ser fiel al carisma
de su Fundador, de modo que cada uno pueda llevar
al lecho del enfermo tu amor.
Convierte la Casa Alivio del Sufrimiento en un templo de vida,
guiando los corazones hacia la fidelidad y la transparencia en sus acciones.
Infunde en los Grupos de Oración
y en los devotos del Padre Pío
sentimientos de reconocimiento y amor
para que sean , aún hoy,
el signo de aquella Providencia
que quiso esta Obra
para testimoniar en cada uno
una desmesurada confianza en el Amor
y en la Misericordia de Dios.